

su destino en las ciencias, en la filosofía, en la política y en la literatura fué, tomar de los innovadores todo lo que habia de legítimo en sus ideas, y fecundarlo por los sentimientos religiosos.

Aquí nos proponemos bosquejar la historia de San Francisco y de los Franciscanos, é indicar en compendio lo que han hecho en el mundo, entendiendo en su genuino sentido la palabra *mansedumbre*, que se halla en el fondo de todas las palabras y de todos los preceptos del Evangelio.



I.

Del estado de la sociedad en el momento en que apareció S. Francisco de Asis, y del objeto que se propuso en la institucion de su orden.

S. Francisco que vivia segun el mundo, pero que ya hacia tiempo sentia vagamente la necesidad de una vida mas perfecta, se paseaba cierto dia con sus compañeros de diversion. Hasta entonces habia sido el alegre y bullicioso director de todos sus placeres, mas ahora parecia absorto en sérias é inmensas meditaciones. Iba por delante de sus amigos, silencioso, con la cabeza inclinada, dejándolos

admirados de un cambio tan inesperado. Pero repentinamente uno de ellos creyó adivinar la causa, y le preguntó sonriéndose: "¿piensas, por casualidad, en elegir mujer?" A estas palabras, Francisco se volvió, levantó la cabeza y exclamó: "sí, pienso en elegir mujer, pero la mujer que tome será tan noble, tan rica y tan hermosa, que jamás la habreis visto igual."

Todas las leyendas nos revelan el secreto de estas misteriosas palabras; y cuando Giotto quiso traducir, por medio de su pincel, el sentido y la profundidad de ellas, representó en un fresco, que se conserva todavía, un joven poniendo el anillo nupcial en el dedo de una doncella, al mismo tiempo que Cristo parece bendecir esta union desde el cielo: el joven es Francisco de Asis, y la joven la pobreza evangélica.

Pocos dias despues el místico desposado, el mismo que ya meditaba inspirar al mundo *el amor de los pequeños y de los pobres*, andaba errante por el valle de Asis, pidiendo á Dios le aclarase su voluntad sobre su propio destino, y le hiciese comprender lo que espe-

raba de él. En medio de estas meditaciones llegó á la iglesia de San Damian y entró en ella á orar. Con los ojos clavados en el crucifijo y bañados en lágrimas, continuaba meditando sobre su deseo, al pié de los altares. Entonces, segun la leyenda, oyó por tres veces estas palabras, que salian de la boca del crucifijo: "Ve Francisco y repara mi casa, que, segun ves está cayendo en ruinas."

Estas dos anécdotas nos descubren el secreto de la vida de S. Francisco, porque nos enseñan cuál es la primera idea que dirigió todos sus esfuerzos, y nos esplican toda la institucion de los *Hermanos Menores*.

No, sin razon, se habia dicho á San Francisco que reparara la casa de Dios. La iglesia y toda la sociedad europea necesitaban efectivamente de un enérgico esfuerzo para conservarse. Una guerra, cuyo germen habia mucho tiempo que existia oculto, esto es, la guerra de los albigenses iba por fin á estallar, con todos sus horrores. Un prodigioso fanatismo de irreligion asolaba todo el Mediodía de Francia: los misioneros católicos se veian silbados por pueblos violentos é irrita-

bles que no habian respetado ni aun al génio y virtud de San Bernardo; mientras que los predicadores de la heregía estaban apoyados por toda la aristocracia, y por una gran parte del clero y del pueblo. Y no se crea que el error de los albigenses atacaba únicamente algunos dogmas católicos: tanto cuanto se pueden determinar sus caracteres esenciales al través de la prodigiosa diversidad de formas que tomó, apenas se mostraba respetuoso hácia los principios mas esenciales de la moral natural y del derecho social. El conde de Comminges hacia alarde de poligamia, y Raimundo VI tenia públicamente un harem, y aun hubo tambien doctores para sostener, en nombre de la nueva religion, que la relajacion puede justificarse, y que el incesto es en sí un acto inocente.

Comunmente se cree que la heregía de los albigenses no habia ido mas allá de los límites del Languedoc; pero aunque esta provincia era el campo de batalla de la heregía, su teatro era la Europa entera. En Francia habian penetrado los albigenses hasta Orleans y Chartres. Los Flamencos eran presa de una especie particular de misticismo que les

hacia mirar con profundo horror, no solamente á un clero orgulloso y corrompido, sino hasta á la gerarquía de la iglesia misma. En Alemania, se estendian por todas partes doctrinas vagas é indeterminadas, que encubrian, bajo fórmulas piadosas, un panteismo destructor. La Italia misma, centro de la cristiandad, habia visto degenerar muy pronto el rigorismo estremado de los Cátharos [*] en deplorables errores. En todas partes reinaba la duda, la negacion, el horror á la autoridad civil y espiritual, y por todas partes dominaba tambien la persecucion. Los sacerdotes que habian permanecido fieles invocaban el amparo del brazo secular, y las poblaciones se vengaban asesinando á los sacerdotes. Cada partido se empeñaba en deshonorar con los crímenes mas abominables sus efímeros triun-

(*) Cátharos, esto es, los Novacianos así llamados, de Novato Cartaginense y Novaciano Romano: no querian volver á admitir en el gremio de la iglesia á los que habian faltado á la fé por mas que se doliesen y arrepintiesen, y se daban el nombre de Cátharos, esto es, Puros: condenaban las segundas nupcias, y desechaban la confirmacion y ceremonias precedentes al bautismo.—Nota del traductor.

fos, y era frecuente ver á los mártires de hoy convertirse en verdugos al siguiente día.

Los contemporáneos no se alucinaban por esto, é Inocencio III no era el único que comprendía los peligros que corría la causa de la civilización cristiana. ¿Pero cómo conjurarlos? ¿Cómo salir de la crisis terrible y universal en que parecía disolverse por todas partes la nueva sociedad, y que obligaba á muchos escritores á decir: "El ocaso del mundo se aproxima, y nosotros tocamos nuestro fin?" Hé aquí la cuestión que ocupaba el espíritu de San Francisco, lo mismo que el de Santo Domingo, y el de todos los hombres reflexivos de aquellos tiempos de agitación tan fecunda como cruel. Habíase intentado negociar con los representantes de los señores feudales en el Languedoc; pero las negociaciones no dieron resultado alguno. Habíase peleado, habíanse cometido asesinatos, incendios y horrores, y nada se había conseguido: las ideas, verdaderas ó falsas, no prosperan con la sangre que hacen derramar, sino con la que á ellas se les quita: la heregía había crecido con el martirio; ella misma tenía aún que sufrir las monstruosas atrocidades del sa-

queo de Besieres, y los católicos estaban espantados de esa pujanza agena de un error que, perseguido en todas partes, y vencido siempre, resistía á todo y se conservaba hacía mas de un siglo.

San Francisco de Asis y Santo Domingo, en medio de esta vida religiosa que se complicaba con los desórdenes inherentes al régimen feudal, tuvieron la gloria de comprender lo que no habían comprendido ni las milicias salvajes de la Francia septentrional, ni el rey de Francia, ni el implacable Simon de Montfort, ni la vasta inteligencia de Inocencio. Ellos observaron, que si la heregía de los albigenses se mantenía al través de tantas pérdidas, era porque, aunque incoherente é inmortal en sí misma, se apoyaba, sin embargo, en los inmortales instintos que el cristianismo había creado en el espíritu de los pueblos.

Reflexionaron que este terrible movimiento que conducía á las naciones á su ruina, porque se había desviado de su dirección primitiva, se había manifestado al principio todo católico. Habíanse comenzado á agitar los ánimos á principios del siglo undécimo;

esto es, en la época en que la reforma de Gregorio VII habia traído estos resultados. La iglesia, entonces, fuera de la dominación brutal del feudalismo, habia estendido el cristianismo en las masas; y muy pronto la Europa, penetrada del espíritu evangélico, se sentía llamada á una transformación profunda, que puso sus costumbres, sus instituciones, sus gobiernos y sus universidades, en relación con sus creencias. Ella quería que la filosofía y las ciencias, cuyo gusto habia generalizado Silvestre II, fuesen profundamente exploradas; quería que los representantes de Cristo, que no tenían donde reclinar su cabeza, mostrasen mas respeto, mas amor á los pequeños, á los humildes y á los pobres, y que se combatiera al feudalismo en el orden político, como se le habia combatido en el religioso. Todos estos votos eran muy justos, y por mucho tiempo los representantes mas enérgicos de las nuevas aspiraciones, se habian contenido dentro de los límites del catolicismo. Los Cátharos no habian roto, sino muy tarde, con Roma, y, por decirlo así, repugnándolo ellos mismos. Los *pobres de Lyon* se habian puesto, desde el principio, bajo la

protección de la Santa Sede, y, por muchos años habian aparecido como los fieles mas sinceros y mas fervorosos; y en Alemania, lo mismo que en Flándes, habia poblaciones que fluctuaban entre una sumisión indecisa y una revolución declarada.

Desgraciadamente los errores, las desconfianzas, las equivocaciones, las pasiones malas y exclusivas no tardaron en desnaturalizar esta grande y santa revolución. Exageróse el espiritualismo vago de los innovadores, é irritado al mismo tiempo por las trabas que se quiso imponerle, se transformó en un ciego misticismo. Provinieron de aquí todas las locuras y desórdenes en que se precipitaron los innovadores; sus desvarios sobre una quimérica comunidad de bienes y el vergonzoso sistema de promiscuidad; su desprecio insensato de toda autoridad, ya civil, ya religiosa; sus aspiraciones, llenas de delirio hácia un pretendido reino del Espíritu Santo, en que el género humano, transformado hasta en su esencia, debia disfrutar en este mundo de todos los goces que la razón y la fé no prometen sino en otro mejor; provinieron, en fin, todas las doctrinas, todas las relajaciones de

ideas y de costumbres que, espantándola, escandalizaron á la Francia septentrional, y la volvieron feroz á fuerza de temor.

La sabiduría deseaba que este gran movimiento revolucionario, que el cristianismo habia comunicado á la Europa, y que, por falta de todos, tomaba una tan funesta direccion, no fuese ni violentamente comprimido, ni abandonado, sin guía, á sus deplorables errores, sino llamado á sus verdaderos principios. La razon natural decia que no eran Raimundo VI, ni Simon de Montfort los que habian de terminar la lucha, por un triunfo decisivo. Pero, ¿ha sido nunca escuchada la razon natural en medio de pasiones furiosas? Es verdad que vence al fin; pero á proporcion de que su triunfo es mas seguro, porque es necesario, se hace mas cruelmente aguardar. Algunos sabios, entre ellos el ilustre obispo de Paris, *Pedro Lombardo*, habia levantado en vano una voz conciliadora en medio de esas contiendas rivales. Los insensatos que confundian entonces la sana doctrina y el fanatismo, lo habian anatematizado [*]. No exis-

(*) La escuela de San Victor ponía á Pedro Lombardo al lado de Pedro de La Poré, entre los cuatro laberintos en que, decia ella, se habia perdido la fé humana.

tian mas que dos grandes partidos, incapaces uno y otro de vencer, porque su victoria habria sido la ruina de la civilizacion cristiana: unos, á nombre del catolicismo, estrechados por su furor, combatian á fuego y sangre las ideas que no podian sofocar, porque tenian su origen en el mismo catolicismo; otros, á nombre de las ideas que creian defender, combatian la sana doctrina católica, única que podia contenerlos dentro de sus justos límites, y hacer triunfar aquellas como las habia hecho nacer.

Tal es la terrible situacion á que vinieron á dar salida los fundadores de las Ordenes Mendicantes. Despues, estas Ordenes que, por tres siglos conmovieron la opinion europea, debieron entrar en el terreno de la filosofía, de las ciencias y de la instruccion. Al principio la cuestion era toda moral, toda política. Tratábase, por la cristiandad, mantener el *ideal* del Evangelio, de honrar la pobreza y de permitir á las clases apreciarse así mismas, organizarse y llegar poco á poco por estos grados á la igualdad civil; tratábase tambien de conservar las bases del orden es-